

Cultura a la contra

¡Vamos a montar en globo!

Desde luego, hay quien no se rinde nunca; me refiero ahora a los jipiosos, a la vieja guardia psicodélica que invade ciertas provincias periféricas del Imperio Americano, y sobre todo Barcelona. Pero también en Madrid —la capital del rock, por cierto— sobreviven algunos de esos fósiles que no saben de qué va la vida; no se han enterado de qué va la vida, ni de que ya ha pasado la estúpida revolución de las flores —como ya decía Burroughs, la única forma de tirarle margaritas a los cerdos es con el tiesto incluido y apuntando a la cabeza—, y que no es eso, no es eso. No se han enterado de que vivimos en tiempos de muerte, no de esperanza. Ni de que la poesía es sólo un revólver oxidado, sin ninguna carga de futuro.

Aquí, en este Madrid de papeleras que se quedan herniadas por exceso de trabajo —hasta gatos muertos he visto en alguna— han sacado los jipis de cotolengo y sacristía una revista que se llama "El Globo". Desfasada y señora de los anillos es. Y nada hay que reseñar de ella, salvo la historieta del Agust. Ese chico es uno de los valores más sólidos y menos conocidos del nuevo dibujo madrileño. Aunque se merece un punto y aparte para hablar de él, no lo pongo porque odio la técnica del punto y aparte. Agust no tiene nada de jipi, ni por el forro. Su esquizofrenia se nota en lo que está bien: da una visión del mundo tan dislocada como la realidad misma. Si a eso le añadimos una calidad formal increíble y un cuidado intensísimo en la realización de los dibujos, y le añadimos encima un concepto del grafismo mamado donde se debe mamar, que es en las fuentes del consumo industrial, de la publicidad, con unos toques de disolvente para animar al personal, tendremos una personalidad completísima, y el retrato de alguien que está renovando el concepto del dibujo, y que se sale de los estrechos márgenes del cómic para inventar —dentro de lo posible, porque ya todo está hecho— algo nuevo. Tan bueno es ese chico, que si algún día se decide a dibujar con los pies —y es capaz, porque decide cosas muy raras— lo hará tan bien como muchos otros con las manos.

Por su parte, la editorial Zafo, de Barcelona, ha sacado una cosa increíble, una revista llamada "El Globo". Imitan a la anglosajona "High Times", y nos quieren comer el coco con la maría y el ácido, como si no nos hubiéramos enterado hace tiempo de lo que son esas cosas. A estas alturas de la vida, cuando ya estamos un poco hartos de la experiencia psicodélica —ellos dicen "psiquedélica", que es como más intelectual—, van y nos cuentan que se puede hacer un café con hash, y que existe la "Nueva Iglesia Americana", grupo de anglosajones disfrazados de indios peyoteros que reivindican el ácido como sacramento. Si las revistas tuviesen barbas, la de ésta sería larga y canosa, como anciana que es. A pesar de todo, es simpática y divertida; los ingenuos intelectuales de la vieja onda se van a divertir mucho, y van a creer que están en la nueva ola.

A ver cuándo hacéis algo para los que estamos en la calle, que ya está bien. Algo de calidad, divertido, y que nos cuente lo que está pasando en el mundo y en sus alrededores, o, por lo menos, en los billares de la esquina. Ya estamos un poco hartos de rollos para escultores de falsa vanguardia y para poetas que se alimentan de alfalfa ecologista. Que también los que nos jugamos la vida todas las tardes desafiando controles de diversa índole tenemos derecho a alguna lectura divertida. Y es que vais como cangrejos, mirando hacia atrás con arrobo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

contra las presentaciones: al revés, me gustan mucho. Dan ocasión de ponerse chaqueta y corbata, que es tan agradable. Los discursos suelen estimular la virtud de la paciencia, y luego, en los cócteles, se come pan con bolitas negras encima. En esta presentación, además, hubo el regalo especial de un pequeño concierto de Baciero, quien inter-



Antonio Baciero.

pretó diversas obras de Cabezón primero al piano, después al clavicordio, y finalmente al órgano de cámara. Me gustó especialmente esta última parte del recital, pues planteó una concepción de la interpretación organística radicalmente opuesta a la convencional de, por ejemplo, un Pierre Cochereau "a los grandes órganos", acompañando resonantemente los estentóreos trompetazos catedralicios de Roger Delmotte.

Bien. Los responsables de la aparición de este primer volumen han cumplido ya su cometido, y con la presentación nos cedieron el turno a nosotros, los que contamos esto en los papeles. Los más serios ya se habrán encargado de señalar la importan-

cia del empeño. Habrá quienes, mentando irremisiblemente la "integral cabezoniana", comentan delito de lesa eufonía: ya ven, y sin embargo "mablieriana" suena tan bien, como a planta medicinal...

Todos —¿y por qué me preocupó yo de lo que hacen?— encontrarán palabras de agradecimiento para cuantos han intervenido en la edición. Vayan las mías para la Fundación General Mediterránea, madre de la criatura; para Antonio Baciero, que lo interpretó todo con su habitual solvencia, y para Hispavox, responsable de que podamos escuchar los resultados. Se dirá algún suspicaz: "Mira éste, en cuanto le invitan y le regalán un tocho de discos, cómo entra en el juego". Y no le faltará razón. En esto de la crítica todos, aun el que afecta la posición más distante y snob, estamos al servicio de algo, como se dice. Y temo estar me refiriendo a un "algo" de mayor amplitud que la edición presentada. Todos, a fin de cuentas, estamos complicados en un proceso. Ahora, que no me parece mal que lo estemos, si de ello depende en cierto grado el que salgan discos de éstos. De éstos y de los otros. ■ JOSE RAMON RUBIO.

CINE

La abundancia de estrenos cinematográficos impiden comentar con cierta extensión incluso los más interesantes. Remitimos al lector a las recientes crónicas del Festival de Cannes para los referentes a "Norma Rae", de Martin Ritt (de quien publicaremos, en un próximo número, amplia entrevista) y "Días de cielo", de Terence Malick. Al tiempo, recordamos que en Madrid siguen exhibiéndose "Gato, la isla del amor", la mejor película de Walerian Worocwyc, y la ya legendaria "La pasajera", de Munk, que sorprendía en los cineclubs españoles de los años sesenta. En Barcelona, la discutible "Companyys, procés a Catalunya", de Form, y "Hollywood on trial" son los estrenos más destacables.

"Quinteto"

Quien en función de una narrativa "popular" haya prescindido de su capacidad de sorpre-